

En el centenario de Martin Heidegger

Seducción y angustia

La encendida polémica extrafilosófica reanudada en los últimos tiempos, en gran parte por discípulos infieles y en no menos parte mediocres del filósofo de Friburgo, no empañará, estamos seguros, la conmemoración de alto nivel, del centenario del nacimiento de Martin Heidegger. Un grupo de continuadores de su obra y discípulos de alta calidad, llevarán a cabo la ingente tarea de publicar sus *Obras completas* que su fiel editor, colocado por el mismo Heidegger en lugar de honor en la cultura alemana, brindará en breve al mundo en la forma más adecuada y rigurosa posible.

Si no ha faltado la nota polémica en torno a supuestas o verdaderas ideas políticas de Martin Heidegger, no es menos cierto que ninguna posición ideológica ha impedido que los grandes del siglo en materia de pensamiento hayan reconocido en el filósofo ahora idealmente centenario, sencillamente esto: al más grande, más original, más seductor, de más anchas sollicitaciones metafísicas, poéticas y culturales y de mayor hondura especulativa, entre todos los filósofos de este siglo, uno de los más ricos y variados de todos los tiempos. Ni siquiera Husserl, su indiscutible maestro, por él entre los primeros y por todos respetado, ha podido alcanzar el éxito y la seducción que Heidegger. Filósofos católicos y marxistas, idealistas y fenomenólogos, vitalistas o neokantianos, los grandes entre todos ellos han sido en buena medida, en sus esfuerzos por crear un pensamiento original, «heideggerianos». Desde Sartre y Merleau-Ponty, desde Rahner hasta Lukàcs y toda la Escuela de Frankfurt, desde Giovanni Gentile hasta Armando Carlini, desde Ortega y Gasset, en todos palpita la admiración de Heidegger. Sólo en la ingente tarea estéril de las caleidoscópicas corrientes neopositivistas, se podrá observar un esfuerzo por mantenerse lejos de la fascinación del profesor de Friburgo, pero sería con todo aventurado afirmar que todos ellos —véanse, si no, los «silencios» de Wittgenstein y la ontología social de Karl Popper— se han mantenido del todo y en todo momento lejos de la seducción heideggeriana.

Seducción parecida a la que ejerciera sobre el siglo Federico Nietzsche, pero conviene no olvidar que en el centro de esta misma seducción del profeta visionario de Sils María está, profunda y originalmente, la recuperación que del Nietzsche verdadero realiza el propio Heidegger. Por mucho que algunos hayan visto en Jaspers al verdadero restaurador de la imagen de Nietzsche, en Heidegger esta imagen posee un fascinante doble espejo. El de la obra de Nietzsche mismo y el de la obra de incandescentes iluminaciones nietzscheanas, del propio Martin Heidegger.

La filosofía de Heidegger nace y se desarrolla durante la mayor parte del siglo XX, bajo dos impulsos que presentan varios puntos de convergencia y encuentro. Por una parte, su entorno inicial lo constituye la fenomenología —más de una vez ha aludido él en sus páginas, escasas páginas confesionales, a su propio «camino» («Weg») en la fenomenología. Por otra parte, en su entorno la nueva física producía un gran impacto en los propios destinos de la metafísica, en cuyos avatares el mismo Heidegger participa como pocos en su siglo. La física y, en términos de candente actualidad, la ciencia en sí, que llegará a fascinar al propio Husserl, hacía patente desde sus nuevos comienzos, el universo de la entropía que en sus propios supuestos justificaba los fundamentos de la negatividad en la filosofía.

Nace y se difunde en la cultura del siglo y en la condición del hombre un sentimiento de inseguridad. El descubrimiento inicial de un *quantum* psíquico a la manera de Planck y la inserción de la materia viviente en una dimensión-tiempo con un antagonismo permanente entre un tiempo negativo y un espacio positivo en la revelación de Einstein, llevan a los dominios de una nueva concepción dinámica, tanto la afectividad del hombre, como la fuerza de su imaginación, sus capacidades estéticas, con sus oscilaciones crecientes, desde sus constantes biológicas, entre un sistema físico y un sistema sociológico, con una constante dialéctica significante-significado de su carácter de componente de una sociedad neurótica. Esta sociedad se caracteriza por una constante inseguridad. Un sentimiento de inseguridad embarga cada vez más al hombre, mientras el miedo y el hombre mismo se hacen hermanos, como decía Hobbes en el alba de la edad moderna, y en el hombre se instala la conciencia de esta hermandad. De esta inseguridad y de este miedo consiguiente forma parte la capacidad de comunicación o incomunicación del hombre, su lenguaje, la capacidad de acceder a conceptos, su ser y el encuentro posible o imposible con una morada en el tiempo y en el espacio.

En un tiempo de estas características se forman la personalidad, el espíritu y la filosofía de Martin Heidegger. El primer impacto, la primera actitud intelectual y la primera salida con una obra concreta son de naturaleza teológico-filosófica. Su comentario a Duns Escoto constituye una primera prueba. Tras las tensiones del tiempo está por una parte una sólida, irrefutable preparación filosófica, poética y filológica. La filosofía griega, el pensamiento medieval, Leibniz y la gran filosofía alemana, el bien instalado personaje de la Selva Negra los tiene perfectamente dominados, con una fuerza de receptividad cuya originalidad será un hito en la metafísica de nuestro tiempo. A todo ello se asocia el «camino en la fenomenología», pero hecho desde el principio hasta el fin con un andar personal que culminará en la obra capital del siglo: *Sein und Zeit*, que asegurará la fama y la universalidad del filósofo.

Ante el mundo de la nada

En su época de formación, Planck y la física habían descubierto la función de la entropía y del caos en el universo. Nietzsche, Kierkegaard y una cierta actitud de la filosofía se habían instalado también en este ambiente. No se trataba de una filosofía personal creada insularmente, sino de la misma situación del hombre contemporáneo. La entropía y el caos percibidos como fatalidad del mundo físico de la energía hacen que

la situación del hombre en cuanto personalidad se alimenta de aporías por un lado y sea abocada a las utopías por otro. Alrededor suyo y en su misma conciencia flota una atmósfera y se instala una creencia en un destino, su destino, que, dejando de ser el destino trágico que nutre de tiempo en tiempo la cultura tradicional, haga del no trabajo, de la no creatividad, en una palabra del mundo de la nada, una finalidad. Así hablaba Heidegger joven de un estado de *Destruktion* como característica esencial de la cultura y del hombre de su tiempo. Ese era el «malestar de la cultura» del que trataba entonces también un futuro revolucionario llamado Sigmund Freud. Tras ello está Nietzsche. Y Heidegger se acercará a él, consecuente y apasionadamente. Su receptividad del filósofo de Sils María, tendrá esta característica, el apasionamiento. No será la exploración psicoanalítica de su colega amigo-enemigo Jaspers que buscará en la obra de Nietzsche la singularidad, no la instauración de un tiempo. Nietzsche, profeta indiscutible de los tiempos que corren, instauro ante una situación como la que se abre, la era del nihilismo, la era de la nada que luego la metafísica coloca como fundamento del temor, del temblor, del miedo y del aburrimiento existencial del hombre. Todo culminando en la angustia metafísica que acompaña al miedo físico, biológico, neuropsíquico o manifestación patente de la conciencia¹.

La vida cotidiana transcurre en una serie de discontinuidades acompañadas por la vigencia de la tecnología —ciencia y cibernética agregadas—, y el discurso y el trabajo en su dialéctica actual con el deseo sexual combinado con el ocio o no trabajo, lo que freudianamente llega a llamarse el reino del principio del placer. El marco histórico y existencial en que se desarrolla la filosofía de Heidegger tiene sus raíces esenciales de tipo intelectual en una auténtica filosofía del miedo. Miedo y nada, impulso existencial del pensamiento heideggeriano, hallan su anticipación en la filosofía de Nietzsche y de Kierkegaard, que son al mismo tiempo, estéticamente, como en parte podrá ser considerada la filosofía del propio Heidegger, filosofía del simulacro. En efecto, en primer lugar se trata de un simulacro estético. Bajo él pulsa el drama del nexo dialéctico entre angustia y pecado en Kierkegaard. O el drama de la incomunicabilidad en Nietzsche.

Anticipación: Nietzsche y Kierkegaard

Ambos dramas tienen su manifestación fenoménica en una actitud vital. La angustia vital —temor y temblor— en Kierkegaard. La voluntad de poder y el mito del superhombre, en Nietzsche, otra cosa no es, en realidad, que la transferencia, a través del simulacro estético y metafísico, propia incomunicabilidad del hombre y la tensión y el miedo que se apoderan de él ante la subversión que esta incomunicabilidad implica, destinando al hombre mismo al mundo de la nada. Y la nada de la angustia y la nada de la incomunicabilidad, convergen en la nada metafísica en la cual se centra acaso el texto más sugestivo, más completo y coherente de la filosofía de Heidegger: *Was ist Metaphysik?* El Particular de Kierkegaard se aproxima a Agamenón. Su confrontación es una especie de instauración ejemplar. Kierkegaard se pregunta qué posibilidad

¹ Cfr. Jorge Uscatescu, *La otra cara de la libertad*, Ed. Forja, Madrid, 1985, pp. 81 y sigs.